

« Y hasta ver si la mato
 « De no moverme de este sitio trato. »
 « Irritase escuchando tal lenguaje
 « Adonio, á quien es grato
 « Este reptil por ser de su linaje
 « El origen y el simbolo. Al villano
 « Habla pues de manera, que consigue
 « Que en paz deje á la sierpe y no la hostigue.
 « Hacia reinos extraños,
 « Donde pueda vivir desconocido,
 « Desde allí dirigiéndose, siete años
 « Correr Adonio en el destierro vido,
 « Y ni la gran distancia que separa
 « De aquellos sitios á su prenda cara,
 « Ni la hambrienta miseria, incompatible
 « Con el amor, el suyo inextinguible
 « Consigue sofocar; ántes escarba
 « En su pecho la llaga que le aflige,
 « Y cubierto de harapos y de barba,
 « De nuevo hácia su patria se dirige.
 « A poco al Padre santo
 « Un orador nuestra ciudad envia,
 « Que algun tiempo, mas nadie sabe cuanto,
 « Junto á su Santidad residiria.
 « Designa al juez la suerte, ¡ oh suerte impia,
 « Causa fatal de inconsolable llanto!
 « Por no partir Anselmo ruegos, dones
 « Y promesas prodiga,
 « Sin que dellos al fin nada consiga.
 « No fuera mas violenta
 « La afliccion que al partir experimenta,
 « Si el corazon le hubieran arrancado.
 « De celosa inquietud atormentado,
 « A su esposa dar ánimo procura.
 « Dícele que á una dama ni hermosura,
 « Ni clara estirpe, ni fortuna basta,
 « Que solo al colmo llega de la gloria
 « La que es de cuerpo y pensamiento casta;

« Que aquella es la virtud mas meritoria
 « Que á la mas ruda tentacion contrasta,
 « Y que á dejarle, en fin, él con su ausencia
 « Campo va para hacer tanta experiencia.
 « Con este y otros racionios trata
 « De impedir que á su amor se muestre ingrata
 « La que, oprimida por mortal quebranto,
 « Y preñados los párpados de llanto,
 — « Ántes su lumbre al sol, » dícele y jura,
 « Faltará, que yo falte á mi palabra;
 « Y si falto, que se abra
 « En el acto á mis pies mi sepultura. —
 « Anselmo, bien que de su cara esposa
 « Dé crédito al lenguaje, con curiosa
 « Solicitud su desventura labra.
 « Arte mágica y don de profecía
 « Atribuye la fama
 « A un amigo del juez. Este le llama,
 « Y ruega que investigue si, durante
 « Su ausencia, fiel ó no será su dama.
 « Cediendo á su porfia
 « A complacerle el mágico se apresta.
 « Déjale Anselmo solo, y la respuesta
 « Acude por saber al otro dia.
 « Por no darle noticia tan funesta,
 « Los labios el astrólogo no mueve,
 « Y mil y mil excusas imagina.
 « Mas viendo cual se obstina
 « El juez por conocerla, le declara
 « Que infiel su esposa cara,
 « Pocas horas despues de su partida,
 « Será; no seducida
 « De un amante por ruegos ó hermosura,
 « Mas por vil interes. Mi pluma en vano
 « La desesperacion pintar procura
 « De Anselmo, oyendo este terrible arcano.
 « Figúratela tú, lector, que sabes
 « Cuanto son del amor las cuitas graves.

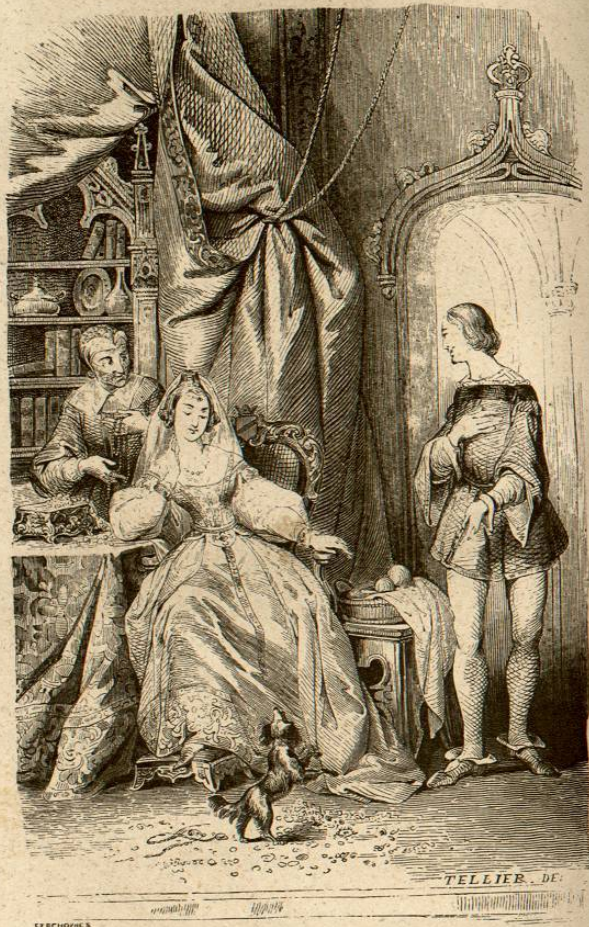
« De todas las que afligen
 « El corazon del juez , la mas violenta
 « Es, empero, el pensar que de su afrenta
 « Oprobioso interes será el origen.
 « De tal error á fin de preservalla,
 « Por obra pone cuantos medios halla
 « (Pues la escasez, al que sufrirla suele,
 « Tal vez los templos á robar le impele).
 « Un tesoro en dinero dale, y frutos
 « De sus fincas, y rentas y tributos,
 « Sus alhajas, y, en fin, cuanto posee,
 « Con facultad de que á su antojo emplee
 « Cuanto haya de ello menester, que venda,
 « Consuma, gaste, dé, cambie ó arroje.
 « Solo le recomienda
 « Que del único bien no la despoje
 « Que ella en sí misma encierra,
 « Y conservando el cual, nada le importa
 « No tener casa, ni un jornal de tierra.
 « Entre otras advertencias y consejos,
 « En la ciudad le encarga no se quede,
 « Y que á su quinta vaya, donde puede
 « Del mundano bullicio vivir lèjos.
 « En ello encuentra Anselmo su ventaja,
 « Pues no supone exista entre la gente
 « Que el campo á fuerza de sudor trabaja
 « Quien de su esposa á la virtud atente.
 « Echándole entretanto
 « Ella los brazos con amor al cuello,
 « De su esposo confunde con el llanto
 « El que se esparce por su rostro bello.
 « De verle acongojado,
 « Cual si hubiese faltado
 « Ella ya á su deber, se duele, y dice:
 « Que esta angustia proviene
 « De que Anselmo en su fe poca fe tiene.
 « Sus discursos narrar yo no pretendo,
 « Que pena fuera, cuanto inútil, harta.

— « Mi honor, » dice él en fin, « te recomiendo; » —
 « Y de ella, despidiéndose, se aparta.
 « No bien vuelve el corcel, rasgarse en trozos
 « Siente su corazon dentro del pecho,
 « Y ella, exhalando férvidos sollozos,
 « Le sigue con los ojos largo trecho.
 « Miserable entretanto, mal vestido
 « Y cubierto de barbas, como dije,
 « Esperando no ser reconocido,
 « Al patrio suelo Adonio se dirige.
 « Cerca del lago á la ciudad vecino,
 « En el paraje mismo do queria
 « A la sierpe matar el campesino,
 « Encontrándose un dia,
 « A la hora en que en los cielos todavía
 « Su incierta luz mostraba alguna estrella,
 « Advierte una doncella
 « De noble aspecto y peregrino traje,
 « Que sola va, sin siervo, dama ó paje,
 « Y que de esta manera
 « Le habla con voz amable y placentera:
 « — Bien que me desconoces, no por eso
 « Dejo de ser, oh jóven, tu pariente;
 « Pues de Cadmo, cual tú, soy descendiente,
 « Ni ménos tu deudora me confieso.
 « Hada naci; mi sobrenombre es Manto;
 « Yo puse el primer canto
 « De esa ciudad que (digalo la fama)
 « Solo, gracias á mi, Mantua se llama.
 « Hada, repito, soy; y á fin de hacerte
 « Comprender la extension de nuestros males,
 « Diré que cuantos sufren los mortales
 « Podemos padecer ménos la muerte.
 « Nuestra inmortalidad, empero, á dura
 « Y humillante exigencia nos somete;
 « Pues de nosotros cada cual segura
 « Está de que, en serpiente transformada,
 « Ha de encontrarla un sol de cada siete.

« Mas bien que así, de ruda piel cubiertas
 « Bajo la forma de reptil inmundo,
 « Rastrear despreciadas por el mundo,
 « Prefiriéramos todas vernos muertas,
 « Pues no existe animal sobre la tierra
 « Mas que la sierpe odiado y perseguido;
 « Ultraje el que nos ve nos hace y guerra,
 « Y si en volver al subterráneo nido
 « Tardamos, asaltadas
 « Nos vemos á estacazos ó pedradas.
 « Morir fuera sin duda ménos malo
 « Que tullidas quedar por piedra ó palo.
 « Tu deudora soy pues, que bien conservo
 « En mi memoria el día en que, pasando
 « Por este sitio, del furor infando
 « Me salvaste de un rústico protervo.
 « A no ser por tu auxilio, su impio brazo,
 « No pudiendo privarme de la vida,
 « Maltrecha me dejara ó contundida,
 « Rompiéndome cabeza ó espinazo.
 « El cielo, á nuestra voz siempre obediente,
 « Rebelde á nuestras súplicas se muestra,
 « Cuando vestimos forma de serpiente.
 « En toda otra ocasion, ilimitado
 « Es nuestro influjo. Una palabra nuestra
 « Basta á cubrir al sol de oscuro velo,
 « A mover de la tierra el globo inerte,
 « A helar la llama y á inflamar el hielo.
 « Del favor que me hiciste, yo ofrecerte,
 « En justa recompensa, quiero cuanto
 « Puedas pedir por mejorar tu suerte,
 « Que fuera estoy del viperino maño.
 « Suma mayor tres veces
 « Que la que de tus padres heredastes,
 « Darte puedo; librate de estrecheces,
 « Y hacer que tengas mas, cuanto mas gastes.
 « Sé que preso te encuentras todavía
 « De una antigua pasion entre las redes;

« Y á indicarte la via
 « Voy por la cual satisfacerla puedes.
 « La ausencia del marido aprovechando,
 « Parte sin mas demora
 « A la quinta do vive tu señora. » —
 « Y prosigue instruyéndole del modo
 « Con que á ella es menester que se presente,
 « Como vestir, como hablar debe, y todo,
 « En fin, lo que á su plan es conducente.
 « La maga luego en inventar se ocupa
 « Su propio traje; pues, excepto el día
 « En que la piel de sierpe revestia,
 « Libre era de tomar aquel aspecto
 « Que mas acomodaba á su proyecto.
 « De un peregrino de esos que llamando
 « Van, por amor de Dios, de puerta en puerta
 « La forma al jóven da y el atributo;
 « Y toma la de un can tan diminuto,
 « Cuanto natura á producir no acierta,
 « Lindo, gracioso, y con primor y aliño
 « Peinado el pelo blanco, mas que armiño.
 « Así, bajo apariencias tan extrañas,
 « Hacia la quinta su camino emprenden;
 « Mas su curso suspenden
 « Delante de las rústicas cabañas
 « Do viven los labriegos del palacio.
 « Adonio allí de un pifano de cañas
 « Diversos sones á sacar empieza;
 « A los cuales, bailando,
 « Sobre sus pies el perro se endereza.
 « Cunde la nueva y llega hasta la dama,
 « Que venir manda al punto al peregrino.
 « ¡Así de Anselmo quiérela el destino!
 « En presencia de Argia,
 « Y de Adonio á la voz, muestra el perrillo
 « Tanta destreza y tanta monería,
 « Que de todas las gentes del castillo
 « La admiracion provoca,

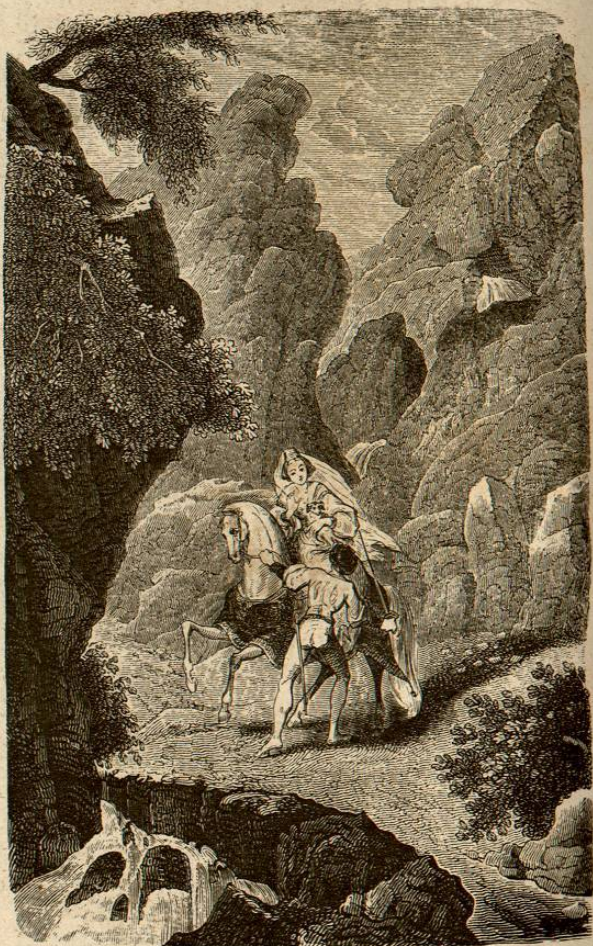
« Y abrir les hace estupefacta boca.
« Gran maravilla, y no menor capricho
« De ser dueña del can, siente la dama,
« Que manda al punto á su ama
« A ofrecer precio alzado por el bicho.
« Aun cuando mas tesoros poseyeras
« Que anheló nunca pecho femenino,
« Pagarme no pudieras
« Este animal, » responde el peregrino.
« Por probar que no miente,
« Retirase de allí con la nodriza,
« Y al lindo perro ordena incontinente
« Que le entregue un doblon. Su pelo eriza
« El animal, y suelta la moneda.
« Recogiéndola Adonio, — ¿Te parece,
« Dice á la dama, — que pagarse pueda
« Con precio alguno un perro que obedece
« A mandatos tan útiles? No hay cosa
« Que yo le pida y que él no me conceda.
« Ricos vestidos, joyas ó dinero
« A mi disposicion estan si quiero.
« Decir puedes, empero, á tu señora
« Que ese can de virtud tan inaudita
« A sus órdenes pongo desde agora,
« Con tal que me permita
« Esperar de su amor nocturna cita. —
« Dice : — Forja una perla, — y para Argia
« Al ama la confia.
« Satisfecha se va la embajadora
« De la oferta, que estima ménos cara
« Que si algunos ducados le costara.
« La bella perla á su señora entrega,
« Y la anima, y le ruega
« Que compre el can, pues que comprarlo logra
« A precio que, por darlo, no se pierde.
« Al anzuelo no muerde
« La dama al pronto; sea
« Que la palabra dada al juez recuerde,



El perro que despide perlas. (T. II, p. 423.)

- « Ya que imposible la que escucha crea;
 « Mas la nodriza, haciéndole presente
 « Que no se desperdicia
 « Impunemente la ocasion propia,
 « Obra de modo, en fin, que pueda á solas
 « La dama ver del perro las cabriolas.
 « Del esposo de Argia
 « Esta la ruina fué. Sartas de perlas
 « Adonio fabricar al perro manda,
 « Y doblas á granel y pedreria.
 « Al mirarlas, se ablanda
 « De la dama algun tanto el pecho altivo,
 « Presto casi á ceder, cuando en Adonio
 « Nota al que antaño del amor mas vivo
 « Le diera irrecusable testimonio.
 « Del ama los consejos,
 « Los ruegos del amante y su presencia,
 « De las joyas los nitidos reflejos,
 « Del pobre juez la prolongada ausencia,
 « Y, por fin, la esperanza del secreto
 « Ponen á Argia en tan terrible aprieto,
 « Que el perro á Adonio compra, y se decide
 « A dar por él el precio que este pide.
 « Feliz Adonio largo tiempo vive
 « En tal estado con su dulce amiga,
 « Por quien tambien concibe
 « Tal amistad la maga, que se obliga
 « A no apartarse nunca de su lado.
 « Los signos todos del Zodiaco habia
 « El sol ya visitado,
 « Sin que el esposo de la bella Argia
 « Licencia hubiese de partir logrado.
 « Lógrala en fin, y torna, mas mohino
 « Pensando en lo que el sabio le previno.
 « A casa de este, pues, vuela al instante
 « Y ruégale le diga si de dolo
 « Fué culpable su esposa, ó si es constante.
 « Fija al punto el astrólogo su polo,

« Y en torno dél trazando mil planetas ,
« A Anselmo dice : — Con razon te inquietas ;
« Pues , por inmensos dones corrompida ,
« Todo deber tu esposa infiel olvida. » —
« Mas rudo que el de flecha ó que el de lanza
« Este golpe en su pecho abre honda herida ;
« Y , bien que casi exhausto de esperanza ,
« Del ama en busca corre sin tardanza ,
« Y llamándola aparte
« De salir de su error trata con arte.
« Con largos circunloquios él se afana
« Por descubrir de la verdad la huella ;
« Mas con excusas ó argumentos ella
« Hace del juez la diligencia vana.
« Avezada á mentir , de faz no muda ;
« Niega cuanto á saber Anselmo aspira ,
« Y un mes entero al mísero en la duda
« Deja entre la verdad y la mentira.
« ¡ Mentira harto feliz , si él conociera
« Cuánto dolor con la verdad le espera !
« De la inutilidad de sus afanes ,
« De sus dones y súplicas se aburre ,
« Y de lograr sus planes
« Medio mas á propósito discurre.
« Sabiendo que no tarda
« La discordia en nacer donde hay mujeres ,
« La coyuntura favorable aguarda ;
« Y con efecto , enemistada un dia
« A poco la nodriza con Argia ,
« A Anselmo se presenta ,
« Y , sin nada ocultar , todo le cuenta.
« Consternado , colérico , confuso ,
« El triste juez , dispuso
« Darse muerte , y con doble sacrificio
« Poner fin al dolor que le atormenta ,
« Y en sangre de la infiel lavar su afrenta.
« Vuélvese á la ciudad , y , despechado ,
« Un emisario hácia la quinta envía ;



Argia acometida por orden de su esposo. (T II, p. 425)

« Mándale que ante Argia
« Se presente, y le diga que, postrado
« En el lecho por fiebre destructora,
« Su esposo la suplica que si le ama,
« Le vaya á ver sin la menor demora.
« —Sola, sin replicar, — Anselmo exclama, —
« Vendrá, lo sé; tú cuida,
« Al pasar algun bosque ó algun cerro,
« De sepultarle en la garganta el hierro. »
« Por el juez transformado en asesino,
« Parte el fámulo en busca de la dama.
« Monta á caballo, y pónese en camino
« Ella, en su falda colocando al perro,
« Que del riesgo que corre la previene,
« Añadiendo que tiene
« Medios de conjurarlo, y que por tanto
« Puede seguir su viaje sin espanto.
« La recta senda el emisario impio
« Pronto dejando, una desierta toma,
« Y llega junto á un rio,
« Que allí del Apenino se desploma :
« De este sitio, recóndito en efecto,
« La lóbreguez y la espesura opaca
« Favoreciendo su infernal proyecto,
« La espada el nuncio saca,
« Y á la dama sus órdenes expone,
« Diciéndole que al cielo se dirija
« Si quiere que su crimen le perdone.
« Mas ella, no sé como, se cobija
« De modo que, al herirla, él no la vido,
« Y buscándola anduvo largo rato,
« De vergüenza y de cólera aturdido.
« De su afan agobiado por el peso,
« Tornando en fin á la ciudad, refiere
« Al marido este insólito suceso.
« Darle crédito Anselmo apenas quiere;
« Pues ignora que Argia
« Una maga á sus órdenes tenia,

« Cosa sobre la cual guardó secreto
 « El ama, yo no sé con cual objeto.
 « Irresoluto y lleno de despecho,
 « Anselmo ve que, sin lograr ventaja,
 « Ni venganza ni honor ha satisfecho,
 « Haciendo de una paja
 « Enorme viga que le abruma el pecho.
 « Su deshonra primera
 « Pudo impedir que pública se hiciera;
 « Pero ¿cómo impedir que esta segunda
 « De boca en boca por el orbe cunda?
 « Bien sé que, descubierta su impia trama,
 « Por no tornar á su poder, amparo
 « Irá sin duda á demandar la dama
 « De algun alcázar al señor, y es claro
 « Que este, acogiendo con placer á Argia,
 « Agravará del juez el contratiempo,
 « Que en mano la verá tal vez un día
 « De adúltero y rufian al mismo tiempo.
 « Sin mas tardar, por impedirlo, envía
 « Cartas y mensajeros á buscalla;
 « Mas por mas que la buscan, nadie la halla
 « En quinta ni en ciudad de Lombardía.
 « Marcha luego en persona y con cuidado
 « Busca, y buscar por todas partes manda,
 « Mas siempre con el mismo resultado.
 « Llamando, en fin, al siervo á quien la infanda
 « Y estéril obra encomendó, le obliga
 « A que al sitio le lleve, y que le diga
 « Do se ocultó la dama; pues supone
 « Que, pasando en los bosques todo el día,
 « Marcha de noche á próxima alquería.
 « Al sitio pues su cómplice le lleva
 « Do, ver pensando un matorral, advierte
 « El magnífico alcázar que se eleva.
 « Por pintarte no insisto
 « La admiracion que su beldad provoca;
 « El que con tanto asombro ayer has visto

« Es comparado á aquel una bicoca.
 « Tapetes del mas fino terciopelo,
 « Con gran primor tejidos y bordados,
 « Cubren muros y suelo,
 « No solo de las cámaras y estrados,
 « Mas tambien de las cuadras y crujiás.
 « De mil colores vense pedrerías
 « De seda y oro recamar las ropas
 « O brillar en los platos y en las copas.
 « Llegando á aquel paraje, do creía
 « El juez no hallar siquiera una masía,
 « Estupefacto, á recelar empieza
 « Que delira, ó que pierde la cabeza.
 « Delante de la puerta á un negro horrible,
 « De ancha nariz y gruesos labios, mira.
 « Terror á un tiempo y repulsion inspira
 « Su gesto y su ademan desapacible,
 « Capaz de desterrar, á ser posible
 « Que entrara allí, la dicha de los cielos.
 « Sucia es su faz, su traje de mendigo;
 « Y la mitad de lo que sé, no digo.
 « El juez, que solo al negro allí barrunta,
 « Se acerca, y le pregunta
 « Cuyo es aquel alcázar estupendo.
 — « Mio » — el negro responde; y advirtiéndolo
 « Que aquel se muestra incrédulo y reacio,
 « Jurando, le repite
 « Que suyo, y solo suyo, es el palacio.
 « Diciéndole ademas que se detenga
 « En él, si así le place, y le visite;
 « Y tomar le permite
 « Cuanto hallar pueda en él que le convenga.
 « Entregando el corcel á su criado
 « Penetra Anselmo en la soberbia torre,
 « Cuyas salas y cámaras recorre,
 « De cuanto en ellas ve maravillado.
 « La rica arquitectura, la elegancia
 « De los adornos, su atencion absorbe,

« Y exclamar le hace así : — « De todo el orbe
 « No paga el oro tan soberbia estancia. » —
 « A lo que el negro le responde : — « Un precio
 « Hay sin embargo que pagarlo puede ,
 « No precio á la verdad de oro ó de plata ,
 « Mas de cosa harto fácil y barata. —
 « Así diciendo , le hace la propuesta
 « Con que Adonio amansar supo á la ingrata.
 « Demanda al escuchar tan deshonesto ,
 « De hombre loco ó bestial el juez le trata.
 « Dos veces , tres y cuatro horrorizado ,
 « Lo repele con ira de su lado ;
 « Mas aquel , que sus planes no abandona
 « Recordándole cuanta es la ganancia
 « Que esta estipulación le proporciona ,
 « Vence de Anselmo en fin la repugnancia.
 « Testigo oculto de este lance , Argia
 « Gritando , al ver su desenlace , salta.
 « — Digna acción á fe mia
 « De hombre de ingenio y de virtud. » — Su falta.
 « Su horrible falta , viendo descubierta
 « Ruborizado el juez , se desconcierta.
 « Oh tierra , á fin que se arrojara dentro
 « ¿Porqué , di , no te abriste hasta tu centro ?
 « Por causar á su esposo mas vergüenza
 « Y disculparse , en alta voz comienza
 « La dama á razonar : — ¿Do habrá castigo
 « Que á vengar crimen tan inmundo baste ,
 « Cuando á la muerte tú me condenaste
 « Porque , cediendo á natural impulso ,
 « Escuché yo los ruegos de un amante ,
 « Lleno de juventud , de gallardía ,
 « Y que mayor tesoro una y mil veces
 « Que ese bello palacio me ofrecía ?
 « Si mi falta una muerte merecía ,
 « Por la tuya en verdad mil tú mereces ;
 « Y , bien que tal es mi poder agora ,
 « Que cuanto quiera puedo hacer contigo ,

« Generosa seré , pues el castigo
 « Dado al vencido al vencedor desdora.
 « Cese pues hoy , oh Anselmo , nuestro encono ,
 « Y perdóname á mi , cual te perdono.
 « Lo pasado olvidando , al cielo pido
 « Que ninguna palabra , ningun acto ,
 « Nos recuerde un error dado al olvido. » —
 « Satisfecho del pacto ,
 « Perdona el juez , y en paz y en armonía
 « Vivieron siempre así desde aquel día. » —
 Cuando su historia el marinero acaba ,
 De Reinaldo en los labios se divisa
 Irónica sonrisa ;
 Y , bien que un tanto avergonzado , alaba
 La treta con que sabe
 La dama , habiendo en un error caído ,
 Envolver en la red á su marido ,
 Y cogerle en error asaz mas grave.
 A la voz de Reinaldo , así que empieza
 El sol á levantarse , se adereza
 Una mesa provista
 De mil manjares , que en la nave puso
 Con este fin el huésped profuso.
 En este tiempo piérdese de vista
 La bella tierra hácia la izquierda mano ,
 Y hácia la diestra atrás queda el pantano.
 Muéstrase y huye Argenta y su llanura ,
 Que del Santerno ve la embocadura.
 En aquel tiempo dudo que existiera
 La Bastia tan fatal al de Romaña ,
 Y do en vano jactárase el de España
 De haber enarbolado su bandera.
 De allí lijero sobre la onda clara
 Avanzando el bajel , á mediodía
 A la vista de Rávena se para.
 Bien que , por lo comun , poco dinero
 Lleva consigo el héroe , asaz tenía
 Esta vez para dar de cortesía